

CRÍTICA

LA MUJER EN LA HISTORIA DE MÉXICO *

HACE TIEMPO COMPRENDIMOS que la historia de México no es la de su capital, ni la de sus ciudades, ni siquiera la de su valle central. Ya comprobamos que la revolución mexicana no fue un movimiento uniforme, un levantamiento motivado por los mismos agravios en todas partes de la república. Estamos más conscientes que nunca del mosaico étnico, lingüístico y geográfico que imprime a la historia nacional profundas diferencias regionales. Por fin empezamos a estudiar la mujer en la historia de México con la clara idea de no englobar en una sola figura un ser tan fragmentado en sus peculiaridades como el país mismo. Sin negar su condición biológica, reconocer que el espacio y el tiempo influyen en ella tanto como en cualquier otro ser, o tanto como en los hombres, es permitir una comprensión más completa de su vida y del ambiente en el cual se desarrolla. Hay que fragmentar su imagen, como hacían los cubistas para poder percibir el conjunto bajo otra luz. O refractar su luz, su imagen, como hacen los mineralogistas, para tener datos más precisos a la hora de identificar un cristal. Desmenuzar, profundizar, individualizar la percepción que tenemos de la mujer nos permite acercarnos más a una realidad que ha sido singularmente difícil de captar, la de la mujer mexicana en la ciudad y en el campo, indígena o no, rica o pobre, casada o monja, sometida o libre.

El libro que reseñamos tiene la enorme virtud de avanzar en la ciencia de la óptica, de permitirnos una perspectiva desde distintos ángulos de un actor en la historia cuyo papel se ha desempeñado casi en silencio, fuera de la vista, tras las paredes.

Pero esto es sólo aparente, es una ilusión óptica, algo que el modelo de mujer perfecta nos induce a creer que la sociedad entera

* Dos reseñas al libro de Carmen RAMOS *et al.*, *Presencia y transparencia. La mujer en la historia de México*, México, El Colegio de México, 1987. Ambas fueron leídas en la presentación de la obra, celebrada el 1 de diciembre de 1987.

creyó aunque nunca coincidió con la realidad. Los diez contribuyentes al libro que nos concierne, nos dan otros tantos ejemplos que contravienen ese tipo único de mujer cuyo patrón de conducta ideal era objeto —desde la conquista— de un consenso amplísimo de gobernantes, religiosos, padres, esposos, hermanos, hijos, hombres de cualquier condición. Tal vez ninguna idea haya gozado de tanta popularidad y longevidad como la de la mujer dócil, obediente, piadosa, recatada, modesta. Las lealtades políticas cambiaron a lo largo de los siglos, el lenguaje y los conceptos sociales también, las modas iban y venían, el papel del Estado, las relaciones con la Iglesia, todo sufrió modificaciones en el transcurso de los años. Las mismas prácticas religiosas variaban de siglo a siglo, de región a región. Pero un constante unificador de toda la cultura novohispana, y luego de la mexicana, era ese patrón único de conducta de la mujer.

Este patrón, tan universalmente aceptado, si no me equivoco, chocó en todas partes con la realidad de una vida azarosa, inestable, biológica y económicamente difícil. Por medio de sermones, confesionarios, el periodismo ilustrado, cartas y testimonios, conocemos muy bien cómo debería ser la mujer, cómo se debía educar, cómo el matrimonio o el convento tenía que ser, idealmente, su destino.

Ahora, gracias a estudios como el de Pilar Gonzalbo, tenemos más información acerca de los matices de este modelo y, de mayor importancia todavía, de cómo se guardaba tal patrón de conducta y de cómo se transmitía, aun cuando fueran pocas las personas que tuvieran acceso directo a él. Éste es el caso de las niñas educadas dentro del convento, cuyo número pequeño de ninguna manera era proporcionado a su enorme influencia dentro de la sociedad, más bien era inverso a ella. Pocas niñas recibieron esta educación pero muchas aspiraron a imitarla. Gonzalbo empieza a demostrarnos la enorme brecha entre lo que se consideraba mejor para una jovencita o mujer y cómo en realidad era su vida. Esta yuxtaposición, lo ideal y lo real, es lo que más llama la atención del libro que reseñamos. Françoise Carner toma el modelo de mujer romántica, el modelo más alejado posible de lo que fue la vida mexicana en el siglo XIX, y nos explica cómo pudo esa sociedad crear un concepto tan extraño de sus verdaderas necesidades. Se creó un juego cuyas reglas no permitía ganar bajo ninguna circunstancia. El romanticismo se destruía a sí mismo en el momento de su éxito. Fue durante el siglo XIX cuando hombres y mujeres inventaron relaciones que condenaron a los dos a imposibles expectativas y fracasos inevitables.

El excelente capítulo de Soledad González Montes, basado en una admirable investigación en una fuente poco utilizada pero riquísima para la historia social, los archivos judiciales, en este caso de Toluca, nos demuestra cómo las tensiones de la vida diaria, sobre todo las provocadas por la industrialización o por formas más capitalistas de producción, desataron muchos episodios violentos, cuya víctima fue la mujer. La autora insiste que estas tensiones y la necesidad de descargarlas en lo que está más a mano y que es quien menos protesta, la mujer, provienen de los cambios habidos durante el Porfiriato en la infraestructura económica. Pero hay lugar para ciertas dudas. Sospecho que un estudio comparativo indicaría la permanencia de una costumbre mucho más antigua. La figura del indígena apacible, resignado, indiferente al progreso o al mundo más allá de su barrio o ranchito, que al mismo tiempo guarda un enorme coraje que se exterioriza en golpes a mujeres y niños, probablemente existe y existió independientemente de ferrocarriles o de jornadas de trabajo. La muestra estadística en el caso de Tenango, 1880-1910, apenas 30 años, no es suficiente para ver si realmente se deterioró la situación de la mujer en relación con décadas anteriores.

Pero esta pequeña reserva de ninguna manera le resta méritos al trabajo que, entre otras cualidades, recoge el testimonio de ancianos de la comunidad que recuerdan los patrones tradicionales de conducta. Hablando de los albores del siglo xx, hay un "erie flashback" a uno de los primeros capítulos del libro, el de María de Jesús Rodríguez, "La mujer y la familia en la sociedad mexicana". Es como si cuatro siglos de historia no hubieran modificado gran cosa esa institución tan arraigada en el ser humano, la familia y las relaciones entre sus miembros.

Sin duda Carmen Ramos escogió bien el objeto cuando habla del corset durante el Porfiriato. Ninguna otra prenda de vestir nos deja tan viva la imagen de la mujer ideal durante esos años, parada derechísima, su talle de avispa, casi sin poder respirar, imposibilitada de agacharse o moverse libremente. Era la mujer ornamental en todo su esplendor, con todo su encanto, parada junto a la igualmente bella lámpara o silla entallada. Tampoco tuvo nada que ver con la realidad de una vida durísima de las pobres pero decentes, de las campesinas, de las obreras, de las señoras dentro de sus casas haciendo el quehacer, yendo al mercado. Este libro del Programa Interdisciplinario de Estudios de la Mujer tiene la gran cualidad, como lo tiene el artículo de Ramos en particular, de recordarnos el modelo y luego su opuesto, la vida misma.

Como apunta Françoise Carner, nadie consideró ni por un momento que la manera de arreglar toda la "problemática" de la mujer era mediante cambios estructurales profundos, de mentalidades y de legislación. Se pasó de confiar la solución definitiva de la educación religiosa a la educación técnica. Los protestantes creyeron encontrar la respuesta en la moral y en la ética del trabajo. Y ni liberales ni disidentes aceptaron contemplar siquiera los cambios que sólo el siglo xx pudo proporcionar. Historiar el empeño de no querer cambiar radicalmente la condición de la mujer ha sido en parte la meta de este libro sobre el papel femenino en la historia de México. Otra ha sido el desenmascarar el juego de no ganar, de inventar un sueño, el sueño del hombre feliz con la mujer sumisa y obediente a su lado, que a nadie podía complacer. Perdieron hombres y mujeres, y de paso las mujeres se enfrentaron a todas las contingencias de una vida llena de acontecimientos imprevistos, epidemias, hambrunas, invasiones, enfermedades y muertes. Tampoco estaba previsto en el modelo, pero sospecho que las mujeres también encontraron profundas alegrías y satisfacciones. Nos hacen falta más estudios sobre vidas individuales, de cómo se lograron sobrevivir opresiones y violencias. Este libro de *Presencia y transparencia* deja parte del camino avanzado, ojalá que el PIEM tenga interés en continuar explorando la rica veta que es la historia no de *la* mujer, sino de *ella* en todas sus variedades regionales, étnicas y temporales. Sólo entonces tendremos un conocimiento más válido y preciso de la historia de México.

Anne STAPLES
El Colegio de México

COMO POR ALGUNA PARTE HAY QUE EMPEZAR, me referiré primero a lo que tengo más a la mano, es decir, al aspecto del libro. Aquí cabe felicitar a El Colegio por esta edición, clásica en su sencillez y limpia, hasta donde es humanamente posible, de erratas. De portada bella y elegante que, miel sobre hojuelas, no es única entre las más recientes publicaciones de esta casa. Enhorabuena a los responsables de la edición.

Pero una vez hojeado y admirado el libro, pasemos al contenido. Debo confesar que va en contra de dos de mis manías (a mi edad no sólo tengo derecho a tener manías, sino casi, casi, obligación de tenerlas). La primera es que no me gustan los libros colectivos. Y esto por dos razones. Primero, porque rara vez se logra que el texto tenga un verdadero equilibrio o, lo que es lo mismo,

que los autores estén a la par en cuanto a conocimientos y estilo. Lo usual en este tipo de publicaciones es que uno se quede con dos o tres ensayos y deseche los demás.

A esto debe añadirse que un libro así es necesariamente fragmentario; los trabajos deben mantenerse dentro de un número limitado de páginas y es mucho lo que se queda en el tintero (por ejemplo, el trabajo de Solange Alberro trata de las matriarcas judías, tema apasionante, pero del que apenas se nos da una "probadita"). Además, por lo común, entre ensayo y ensayo quedan lagunas difíciles de salvar. En tanto que un libro de autor único, por deficiente que sea, dice lo que el autor quiso decir y, en ese sentido, es un todo completo. Debo reconocer gustosamente, sin embargo, que la primera objeción no tiene aplicación en el caso presente, puesto que sí se logró el equilibrio, posiblemente gracias al cuidado que se puso en la elección de los colaboradores.

En cambio, la segunda objeción no pudo salvarse, ya que si bien el intento fue que no hubiera saltos, hay en cambio redundancias y discrepancias evidentes.

Paso ahora a mi segunda manía que es mi negativa a aceptar que la educación formal sea panacea de todos los males, idea que surge a cada paso en el libro (tácita cuando no abiertamente) y que creo que habría que sopesar. Sabemos que las mujeres coloniales no aprendían latín, pero ¿valía la pena hacerlo? Una y otra vez se hace referencia al caso excepcional de sor Juana, caso que —sin negar que sea excepcional— muestra precisamente que cuando hay voluntad, se encuentran los medios. Por otra parte, quizá valdría también la pena explorar la salida que el claustro brindaba a ese tipo de mujer, de Hildegard y Rosvita a Catalina y Teresa, para acabar en Juana; salida que Pilar Gonzalbo señala, pero no elabora.

Después de estos preliminares, paso a hablar del texto. Desde luego, me referiré sólo a los tres ensayos sobre la época virreinal y, por necesidad, que no por conocimiento, al que trata del México prehispánico. Esto no significa que los otros no me hayan interesado, sino que cada quien debe atenerse a lo suyo.

Estos tres trabajos presentan, como es natural, tres visiones distintas y a veces contradictorias de la vida femenina. Pues si de los trabajos de Pilar Gonzalbo y Solange Alberro se rescata la imagen de una mujer desenvuelta y capaz, cuando la ocasión lo requiere, de valerse por sí misma (por ejemplo, las viudas que heredan el negocio del marido y hacen frente a todos los problemas y, entre ellas, en especial, las viudas de los impresores que al parecer acababan por monopolizar el oficio editorial), el texto de François Gi-

raud vuelve a la idea de que la clausura era no sólo el ideal sino la realidad de la vida femenina (p. 70). O también, del ensayo sobre "Mujer y familia en la sociedad mexicana" concluimos que la mujer que estaba al servicio del templo era sólo eso, una "sirvienta" de los dioses, en tanto que Pilar Gonzalbo afirma que debía aprender el ritual de algunas ceremonias (p. 36). Se habla, por una parte, de que "las niñas de la aristocracia española e indígena tuvieron, desde el principio, escuelas especiales" (p. 65), cuando en otro lugar se afirmó que las "amigas", colegios y conventos "eran las instituciones educativas en las que las mujeres criollas recibían instrucción... [en tanto que] la catequesis y la práctica del trabajo eran las únicas formas de educación para las indias y mestizas en los pueblos y ciudades" (p. 52). Desde luego, cada una de estas afirmaciones debe sopesarse, porque cada una puede ser verdad en su momento y las condiciones de principios del siglo XVI no son las mismas que las del XVIII. Por otra parte, no era función primordial de colegios y conventos educar en el sentido que damos ahora a esta palabra, sino la de proteger en el primer caso y la de ofrecer la vida a Dios en el segundo. Las pequeñas que ingresaban a unos y a otros encontraban primordialmente un hogar sustituto y el adiestramiento (llamémoslo así) necesario para la vida. Por otra parte, el temprano fracaso de la obra de evangelización o, si se quiere, la inaccesibilidad misma del altísimo ideal que se proponían los evangelizadores, fracaso manifiesto, entre otras cosas, en la negativa de los jóvenes indígenas a contraer matrimonio con esas primeras mujeres liberadas (p. 40), dio al traste con el proyecto de educación de las niñas indias. Los escasos conventos fundados para las hijas de los caciques no fueron más que una raya en el agua.

Sin embargo —y advierto que voy a ser injusta puesto que, contraviniendo el consejo del doctor Gaos, voy a hablar de lo que el libro no tiene—, de los textos se desprende que tanto las indígenas como las españolas, por mucho que se las guardara, eran mujeres de trabajo. Casi podría decirse que, por lo común, no eran otra cosa. Lo notable es que todo esto cambia al formarse la sociedad novohispana, ya que fuera cual fuera su situación anterior, la española por el solo hecho de su traslado a América se convertía en señora. Pero no en señora al estilo europeo y medieval (su más reciente pasado), responsable del bienestar físico y espiritual de quienes estaban a su cuidado, sino más bien en un mero adorno. Al parecer, "la aplicación de las mujeres al trabajo podía llegar a ser denigrante" (p. 48) o, invirtiendo los términos, el ocio de las mujeres era prestigio para el marido. Desde luego, debe tenerse en

cuenta que la abundancia de servidumbre indígena hacía innecesario que la "señora de la casa" descendiera a las tareas serviles. Pero, a decir verdad, llegó un momento en que la mujer no sólo no hacía los trabajos caseros, sino que ni siquiera sabía mandar que se hicieran. Terminada la época de la colonia, uno de los rasgos que más llamaron la atención de los viajeros es lo que la marquesa Calderón de la Barca llama "falta de manutención" (Carta VII) en las casas y que únicamente puede atribuirse al poco cuidado que sirvientes y ama prestaban al menaje.

El ensayo de Pilar Gonzalbo apunta ya a este problema, pero lo mismo que en caso de las matriarcas judías, sólo tenemos eso: un apunte.

¿Qué fue lo que sucedió? Porque no es posible decir, como hacen los ingleses, que las mujeres españolas se hayan "nativizado" (*gone native*), puesto que la indígena no sabe aún hoy más que trabajar. ¿Por qué la criolla se alejó a la vez de las dos tradiciones? ¿Cabría pensar que, como lo afirma Sahagún con respecto al caso de los criollos, son los astros los culpables de este cambio?

Al parecer sí, puesto que la viajera más notable que haya pasado por estas tierras afirma en su Carta XXIII que este *dolce far niente* de las mexicanas debe atribuirse,

en primer lugar, a que el clima inclina a todos a la indolencia, tanto física como moral. No se puede meditar sobre un libro cuando el azul cielo sonríe constantemente por las ventanas abiertas; y después, al salir de la casa pasadas las 10, el sol nos advierte cumplidamente que estamos en una latitud tropical y así, aun cuando la brisa sea fresca y placentera, nadie se inclina a caminar o cabalgar lejos. Sea cual fuera la causa, estoy convencida de que en este país es imposible ejercitar ni la mente ni el cuerpo como en Europa o en los estados del norte.

Años después, un misionero protestante, Thomson, aseguraría (p. 165) que, "por alguna razón, las mujeres de las clases altas, las mexicanas y las españolas, son extremadamente delicadas".

Así, por una u otra causa, la criolla es distinta, tan alejada de la "mujer fuerte" de la Biblia —que fuera o debiera haber sido ejemplo para las cristianas— como de las laboriosas *cihuapipiltin* o *macehualtin*. El camino entre una y otras es largo y debe ser recorrido, si queremos explicarnos mucho de nuestra situación actual. Este libro es un avance y como tal debe ser reconocido y alabado, pero ojalá cada ensayo sea también anuncio de un libro completo sobre su tema.

Elsa Cecilia FROST
CCYDEL-UNAM

